

HISTORIA

documental

DE MIS LIBROS

Por Alfonso REYES

VI. EL AÑO DE 1917

ESTE año de 1917 no fue menos fecundo que los dos años anteriores. Enumeraré mis publicaciones conforme a los "varios caminos" de mi actividad (cap. iv), aunque cambiando el orden según ahora conviene a los fines de esta exposición:

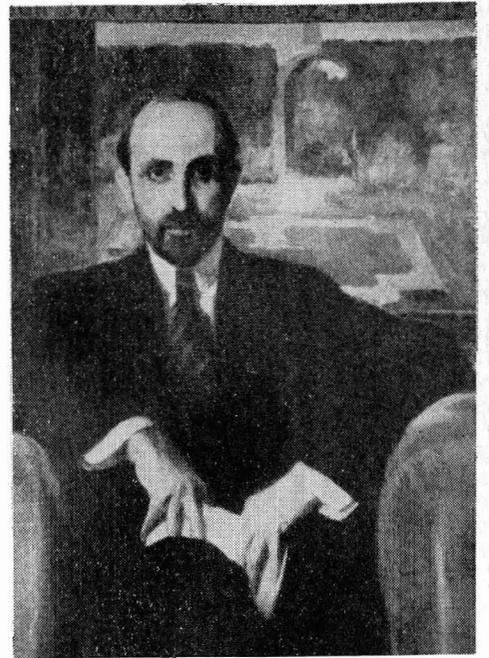
I. Trabajos eruditos

a) "Un tema de *La vida es sueño*: El Hombre y la Naturaleza en el monólogo de Segismundo". (RFE, enero-marzo y julio-septiembre de 1917, recogido en la segunda serie de *Capítulos de literatura española*). Debe leerse en relación con el ensayo sobre "El enigma de Segismundo" publicado en *Sirtes* (pp. 127-156). El fragmento con la traducción castellana de Plinio que dio origen a este trabajo me fue amablemente señalado por Américo Castro. "Azorín" me escribió el 15 de noviembre de 1917: "Muy hermoso su estudio sobre *La vida es sueño*. Definitivo." "Y Pedro Henríquez Ureña me decía: "Muy bien, pero no te entregues del todo a esos esfuerzos atléticos de erudición, que te absorberían completamente." Lo que me ha hecho pensar mucho, y a muchos pudiera aplicarse. Y conste que todavía me dejé fuera la tradición del tema en la literatura científica y jurídica, así como en las figuraciones plásticas.

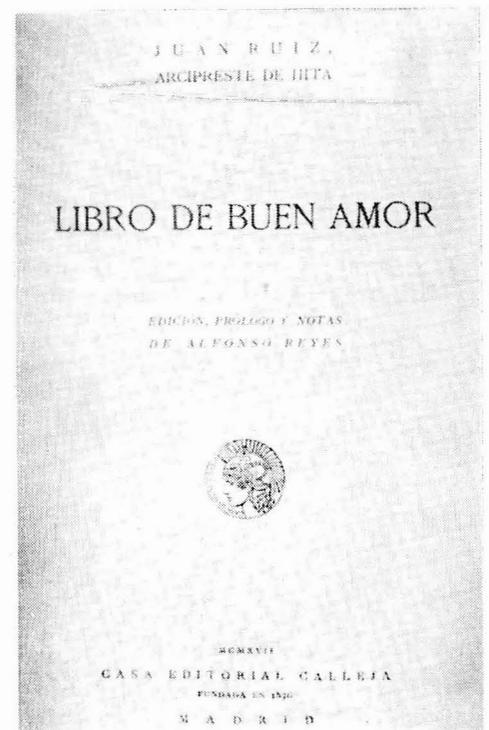
b) El ensayo "sobre Mateo Rosas de Oquendo, poeta del siglo xvi" (RFE, 1917, IV), se recogió con un pequeño aditamento en la primera serie de los *Capítulos*, bajo el título de "Rosas de Oquendo en América". Aunque yo no descubrí a Oquendo, creo que logré incorporarlo a la historia de las literaturas americanas y, en especial, de la mexicana. Lo incluí ya en mis *Letras de la Nueva España* como autor que nos pertenece. Tampoco descubrí yo al P. Mier, pero creo que mi edición madrileña, de que trataré más adelante, contribuyó a lanzarlo en la circulación literaria. Me aseguran que, poco después de

publicada mi monografía sobre Oquendo, don Luis González Obregón, en México, elaboró sobre ella un articulito que nunca ha llegado a mis manos.

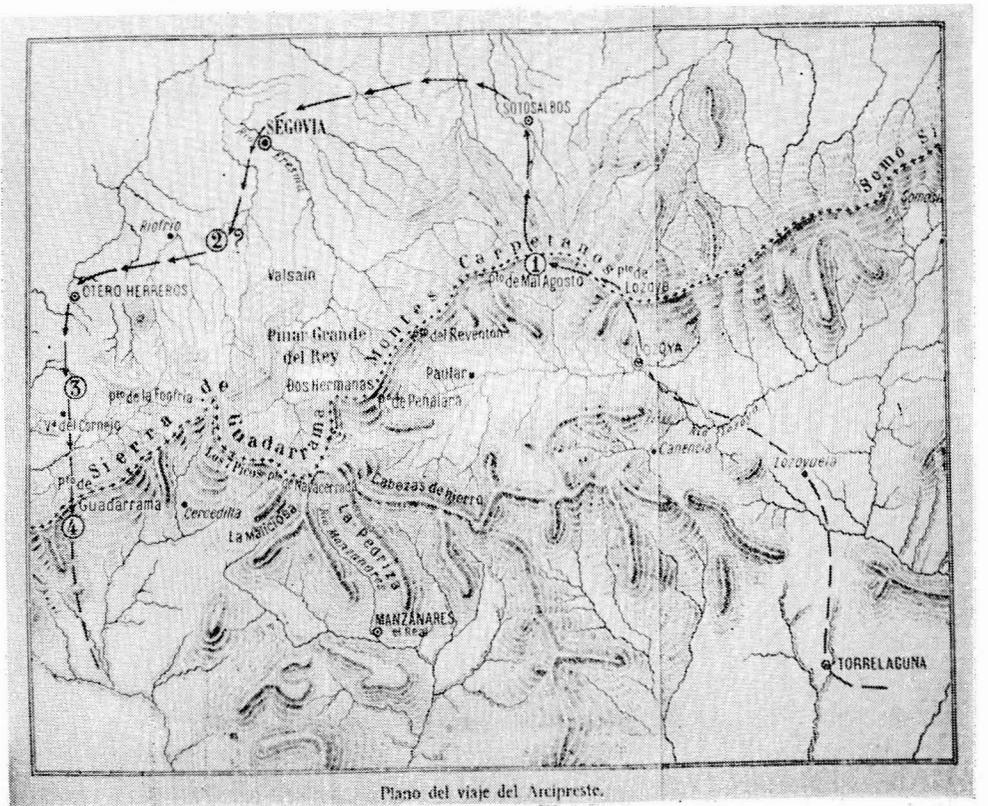
c) Mis relaciones con la Editorial Saturnino Calleja —nominalmente, con Rafael Calleja— comenzaron cuando Juan Ramón Jiménez intervino en la dirección artística de las nuevas colecciones. (Ver "El reverso..." en *Pasado inmediato*, pp. 100 y ss.). Esta casa editora se había consagrado antes de preferencia a los libros de devoción y a los libros infantiles. Lo primero que se me encomendó, en diciembre de 1916, fué una traducción de la *Ortodoxia* de Chesterton. Y, exactamente el 16 de abril de 1917, Calleja me hizo otras tres ofertas: una edición del *Libro de Buen Amor* (Arcipreste de Hita), una edición de poesías de Góngora y una nueva traducción de Chesterton: *El hombre que fué Jueves*. Poco después, me propuso que preparara un texto del *Menosprecio de Corte* (Fray Antonio de Guevara). El Góngora y el Guevara no llegaron a definirse. De las traducciones se hablará un poco más adelante.



Juan Ramón Jiménez en 1917



Libro de Buen Amor



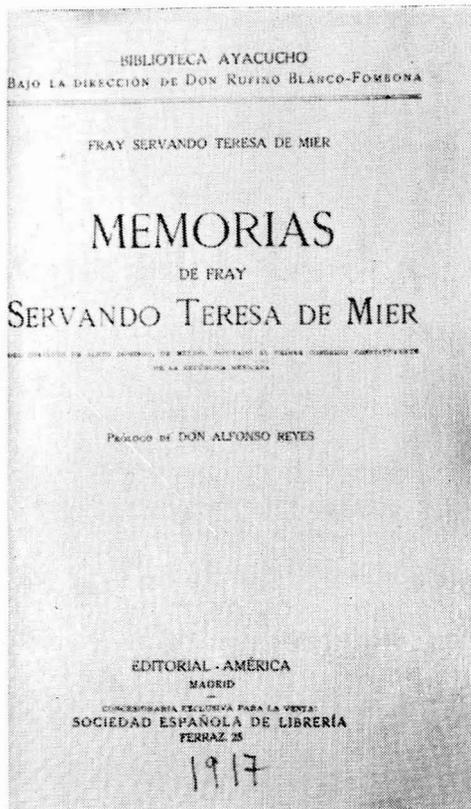
Plano del viaje del Arcipreste.

Procedí con suma prisa a establecer mi edición del Arcipreste. Justo Gómez Ocerin —también lo he contado en “El reverso...”— decía que me había yo sentado a la tarea con una resignación de parálítico; pues, en efecto, no me despegué de la mesa hasta verle el fin a mi *Libro de Buen Amor*. Entregué el original el 4 de mayo, once días antes del plazo. Y después, tuve que despachar en veinticuatro horas la corrección de todas las galeradas. Esta premura no fue un capricho ni un alarde: la casa editora tenía sus normas, las cuales se habían dictado en vista de las publicaciones corrientes, y no de este nuevo tipo de libros a que su administración no estaba todavía acostumbrada. Se me enviaron las pruebas con instrucciones apremiantes, y yo no estaba para desairar el trabajo, por duro que fuese. No volvió a suceder: los editores se dieron cuenta y hasta me pidieron disculpas.

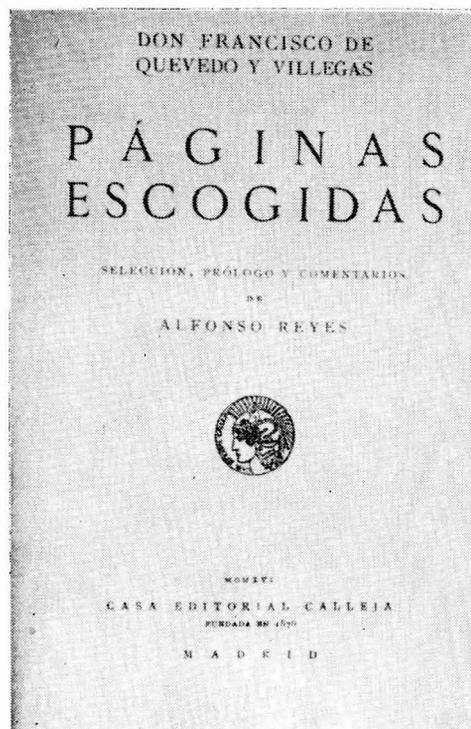
Al tener noticia del caso, Raymond Foulché-Delbosc me escribía desde París: “¡Caracoles con la corrección del Arcipreste en un día! Ríase usted del Sud-Express. Pero ¿sería un día bíblico de veinticuatro y pico de horas? A veces, hay picos larguísimos. Por mi parte, bien sé que no me comprometería a semejante hazaña.” Y añadía con cierta cautela: “En fin, veremos el resultado” (22 de junio de 1917). Creo que no lo defraudó el resultado, pues el 8 de agosto siguiente me envió una postal que decía: “El Arcipreste es una monada”.

Examinando ahora mi correspondencia con Calleja, he hecho una observación curiosa: ya he contado que aquel caballeroso amigo consideraba con cierto recelo, al principio, la irritabilidad y susceptibilidad de la gente de letras, con la que apenas empezaba a tratar. Poco a poco se hizo querer de todos, y de todos mereció siempre la estimación más franca. Las primeras cartas que me dirigía eran gruñonas, revelaban una actitud de paz armada, expresaban cierta desconfianza ante el posible incumplimiento de los plazos y los convenios. Un mes después, sus cartas eran ya las cartas sencillas de un amigo. Conservo de nuestro trato el mejor recuerdo y siempre he de nombrarlo con afecto y con gratitud. El mismo se nos ha revelado después como escritor.

Mi tomo del Arcipreste consta de un prólogo, un itinerario y mapa del viaje por el Guadarrama (recogido todo ello en la primera serie de los *Capítulos de literatura española*), el texto con traducción de



Fray Servando Teresa de Mier



arcaísmos al pie de la página, un índice de nombres según Ducamin y un índice de refranes y sentencias según Cejador. Para el itinerario consulté algún trabajo previo del señor Bernaldo de Quiroz y consulté asimismo con dos “guadarramistas” autorizados, que solían veranear en la sierra: don Ramón Menéndez Pidal y el poeta Enrique de Mesa.

Sobre la persona del Arcipreste y sus relaciones posibles con el o los autorretratos que se infieren de su poema, además del prólogo mencionado he escrito una breve nota, “Entre humoristas”, en mi libro *Calendario* y, más ampliamente, he vuelto sobre ello en la monografía “La vida y la obra”, segunda de las agrupadas bajo el título: *Tres puntos de exegética literaria (Jornadas del Colegio de México, N° 38, 1945, pp. 33-34)*. Para el recto conocimiento del Arcipreste son hoy indispensables las investigaciones de Américo Castro, y tampoco debe olvidarse cierta aguda apreciación de Dámaso Alonso publicada en la revista *Insula*. Nuevamente me referiré a mi Arcipreste al volver sobre ediciones de obras ajenas correspondientes a este año de 1917.

d) Como en el caso anterior, tengo que mezclar la noticia de una edición con la de un ensayo crítico a propósito de las *Páginas de Quevedo*, que di también a la Editorial Calleja acompañadas de un prólogo y unas apostillas. Por mayo tenía yo ya la obra en el telar. “Azorín”, en *La Vanguardia* (Barcelona, 3 de julio de 1917), anunciaba la próxima aparición del tomito y mencionaba nuestras charlas en torno a Quevedo. “Perico el de los Palotes”, “Colombine” o Carmen de Burgos, lo comenta en *El Heraldo de Madrid* el 3 de mayo de 1918; pero sin duda fué éste un comentario tardío, pues el colofón de mi Quevedo dice a la letra: “30 de septiembre de 1917”. El prólogo y las apostillas pasaron a la primera serie de los *Capítulos*. Véase lo que digo al respecto en el inevitable “Reverso”. Yo quise primeramente hacer, a guisa de prólogo, una apreciación muy general sin repetir los datos biográficos que constan ya en todos los manuales. Rafael Calleja me recordó el objeto popular de nuestra edición, y yo rehice mis páginas de acuerdo con sus pertinentes observaciones. Los editores me pagaron el doble de lo contratado. “Dada su actividad —me decía Pérez de Ayala— ha de estar usted ganando una barbaridad de pesetas.”



Semana de la Vida Nacional

No era para tanto, pero ya mi vida estaba segura. Lo cual se debió, más que nada, a mi relativa puntualidad para cumplir con mis plazos. Senté fama de hombre que no se dormía sobre el yunque.

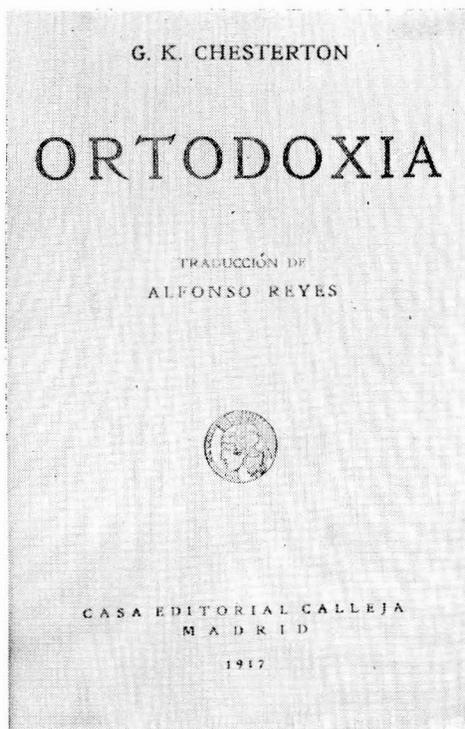
e) El ensayo sobre Solís, el historiador de la conquista de México, ha sido suficientemente comentado en "El reverso...". Data de 1917, aunque sólo se publicó en *La Prensa*, de Buenos Aires, año de 1938. (Capítulos, primera serie). Procede de la edición que preparábamos Pedro Magro y yo para "La Lectura". Era Magro otro colaborador de la Sección Filológica en el Centro de Estudios Históricos, especialmente consagrado a la geografía y a levantar la carta de las antiguas merindades de Castilla. A su muerte escribí "El consuelo" (*Calendario*), con las impresiones de la triste noche en que lo velamos, página que ha merecido el honor de ser leída y transmitida por la estación radiodifusora de Gotemburgo el año de 1949.

f) El artículo sobre "La Garza Montesina" se escribió por 1917 y no fue posible que adquiriera la calidad de una verdadera investigación. No quise darlo a la RFE; durmió varios años entre mis papeles, y al fin lo publiqué en la revista *Sur* (Buenos Aires, n.º 42, marzo de 1938; recogido en la segunda serie de los *Capítulos de literatura española*, México, 1945).

II. Ediciones de obras ajenas.

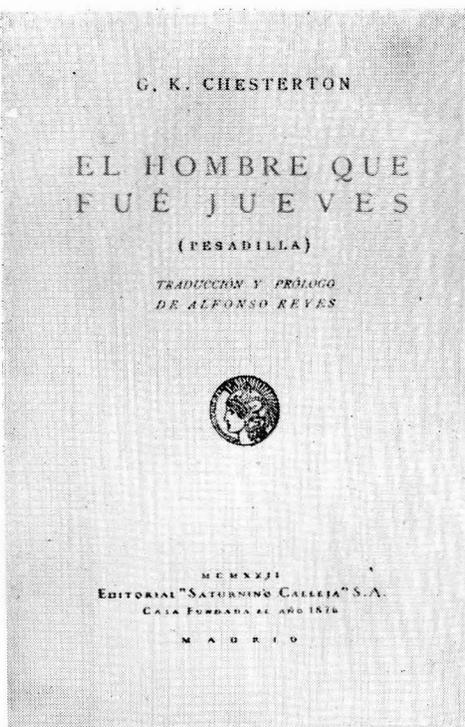
a) *Memorias de Fray Servando Teresa de Mier...*, Madrid, Editorial América, 1917. (Biblioteca Ayacucho, bajo la dirección de don Rufino Blanco-Fombona). Es reimpresión de la *Apología* de Fray Servando, según el texto publicado

por el Dr. José Euleterio González ("Gonzalitos"); *Biografía del Benemérito Mexicano D. Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra*, Monterrey, Imp. José Sáenz, 1876. Por desgracia hay erratas que afean la edición, además de las que ya aparecen en el texto de Gonzalitos. Rufino Blanco-Fombona era un Orinoco editorial, inundó las librerías con abundantes ediciones de clásicos hispanoame-



Ortodoxia de Chesterton, traducción de Alfonso Reyes

ricanos, obligaba a trabajar de prisa y no se le podía dar alcance. Sirva esto de disculpa posible. En mi prólogo debe corregirse este pasaje: pág. ix, líneas 16-17, dice "... la parroquia de Santo Tomás, rue Filles Saint-Thomas, que hoy ya no existe"; y debe de-



El hombre que fue jueves, de Chesterton, traducción y prólogo de Alfonso Reyes



El Sol de Madrid

cir "parroquia que hoy ya no existe", pues la calle existe todavía. Como lo he contado otra vez, en la mismo pág. ix, donde me refiero a la traducción de la *Atala* de Chateaubriand por Mier, que apareció firmada con el seudónimo de Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar, o sea "Samuel Robinsón", por ser éste quien costea el libro, la nerviosa pluma de Blanco-Fombona metió estas palabras de su cosecha: "¿Sería la traducción en realidad obra de Mier, o sería de D. Simón Rodríguez?".

Sobre Fray Servando he escrito en varias ocasiones. Las principales: 1) El prólogo recién mencionado; 2) artículos publicados en *El Sol* de Madrid y recogidos después en el volumen de *Retratos reales e imaginarios* (México, Lectura Selecta, 1920), bajo el título: "Fray Servando Teresa de Mier"; 3) artículo llamado "Dos obras reaparecidas de Fray Servando", también procedente de *El Sol* de Madrid e incorporado en *Reloj de Sol* (5ª serie de *Simpatías y diferencias*, pág. 183, y segundo tomo de la 2a. edic., pág. 328). Este artículo se refiere, en primer lugar, a la reedición de la *Historia de la Revolución de la Nueva España* hecha bajo los auspicios de la Cámara de Diputados de México en 1922, obra publicada originariamente por Fray Servando Teresa de Mier bajo el seudónimo de "José Guerra", Londres, 1813. Esta primitiva edición se perdió en un naufragio, salvo contados volúmenes. En 1907, los alumnos del curso de Historia en la Escuela Nacional Preparatoria —Profesor, Carlos Pereyra— habíamos solicitado, a iniciativa mía, que el Ministerio de Instrucción Pública autorizara y pagara la

reimpresión de esta obra, ofreciéndonos a cuidar nosotros el trabajo pero nuestra solicitud no fué atendida. El artículo del *Reloj de Sol* en que me vengo ocupando daba también cuenta de la reaparición de otra obra perdida de Fray Servando: la discutida traducción de la *Atala* que firmó "Samuel Robinson". El hallazgo se debió a Jean Sarrailh, entonces profesor en el Instituto Francés de Madrid y hoy Rector de la Sorbona, quien tuvo la fineza de darme cuenta de su descubrimiento antes de comunicarlo él mismo. Los datos pueden encontrarse en mi artículo y también en la contribución de M. Sarrailh al *Homenaje a Menéndez Pidal: "Fortunas de Atala en España"*. 4) Notas bajo el nombre de "Cuaderno de apuntes: sobre el Padre Mier", referencias bibliográficas publicadas en mi *Correo Literario, Monterrey*, Río de Janeiro, n° 5 (julio de 1931, pág. 8), n° 10 (por equivocación, dice: "9": marzo de 1933, págs. 9 y 10) y n° 12 (agosto de 1935, pág. 5). Nunca he recogido en volumen ninguno de estos trabajos, que han envejecido ya ante las nuevas investigaciones publicadas en México y en los Estados Unidos. Véase especialmente el tomo de J. Miquel i Vergés, *Escritos inéditos de Fray Servando Teresa de Mier*, El Colegio de México, 1944.

b) He mencionado ya mi edición del *Libro de Buen Amor*. Respecto a la ligereza con que la considero el fino humanista Félix Lecoy en sus *Recherches sur le "Libro de Buen Amor"*, (pecado general de los especialistas cuando se enfrentan con una obra de tono literario y popular, aunque vaya bien cimentada en la erudición), ya me he desquitado en "El reverso..." (*Pasado inmediato*, págs. 99-100). Contrasta tal actitud con la generosidad de María Rosa Lida de Malkiel en su preciosa edición del Arcipreste (Buenos Aires, Losada, 1941).

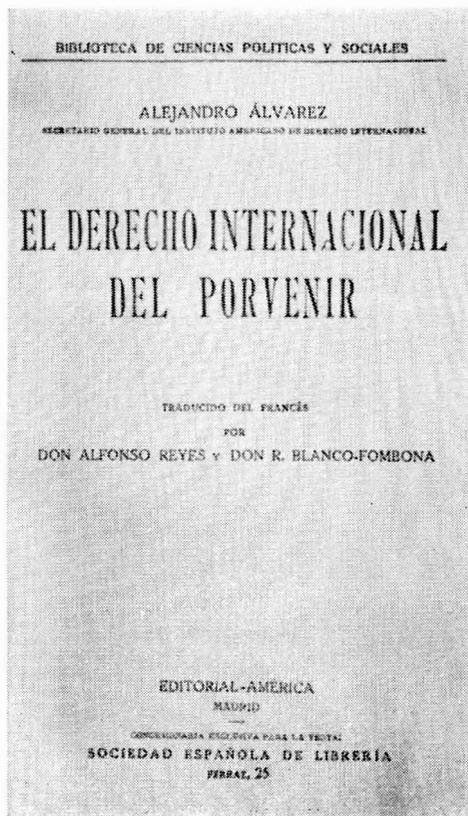
c) En cuanto a la edición de *Páginas* quevedescas también mencionada arriba, sólo me queda ya decir: me ahogó la abundancia del material, lamento no haber podido recoger allí todo lo que hubiera querido; pero el editor me obligó a suprimir muchas cosas para ceñirme al tamaño de la colección. Creo que nada sobra y mucho falta. La edición fué recibida con encomio por el hispanista florentino Achille Pellizzari (*La Rassegna*, Florencia, año xxv, n° 6).

No sé de dónde tomaron los editores el extravagante retrato de

Quevedo que hicieron tirar sin consultarme. Así tuve que explicarlo al sabio quevedista Ernest Mérimée, quien me decía en carta del 10 de abril de 1918: "... Gracias también por la linda antología del amigo Quevedo. Pero ¿dónde está el retrato suyo atribuido a Velázquez, y dónde las pruebas o probabilidades de autenticidad?"

III. Labores periodísticas

Don Francisco Henríquez y Carvajal, padre de Pedro y Max Henríquez Ureña, era Presidente de la



... Traducido del francés por Alfonso Reyes... y R. Blanco-Fombona

República Dominicana desde fines de agosto de 1916. El 29 de noviembre del propio año, lo depuso un gobierno militar de ocupación. Salió de Santo Domingo en diciembre y siguió usando el título de *Presidente de jure*, que le correspondía por todo concepto. A comienzos de 1917, el periodista español don Luis de Oteyza, con lamentable inoportunidad, dió a la prensa madrileña un comentario chusco sobre Santo Domingo. Yo, entonces, escribí lo siguiente, bajo el título de *Trozos selectos: para la historia de la opinión pública*, que apareció en el semanario *España*, 20 de febrero de 1917 y fue luego reproducido por la *Revista Universal* de Nueva York:

Escribe Menéndez Pelayo, en su *Historia de la poesía hispanoamericana*, refiriéndose a Santo Domingo: "La Isla Española, la Primada de las Indias, la predilecta de Colón, aquella a quien el Cielo pareció conceder en dote la belleza juntamente con la desventura..."

Escribe en *El Imparcial* don Carlos Pereyra: "El Presidente Wilson inicia su apostolado en los momentos de consumar la ocupación de la República Dominicana, la hija primogénita de España en América, y cuando el Dr. Henríquez, Presidente de aquella República, está en un calabozo, custodiado por centinelas yanquis."

Y escribe en *El Liberal* don Luis de Oteyza: "Figuráos, lectores, se trata de una antología de los vates de Santo Domingo. De aquella isla de donde, según Iriarte, trajo dos loros una señora y donde, según veréis, quedaron muchos más loros y algunas cacatúas."

Y, ¡oh qué bien escribe Rubén Darío, recordando al Eclesiastés! Oigámosle:

Tiempo hay de todo: hay tiempo de amar, tiempo de ganar, tiempo de perder, tiempo de plantar, tiempo de coger, tiempo de llorar, tiempo de reír...

Verdaderamente, tiempo hay de hablar, tiempo de callar.

No hubo prisión ni calabozo, pero sí ultraje nacional. Alguien me dijo que el señor Oteyza era un duelista consumado. Yo, pobre de mí, tuve un instante de locura: "Yo no soy duelista —contesté—, porque en mi tierra, cuando hay un encuentro, se mueren los dos contrincantes". Feroz, ¿verdad? El señor Oteyza no quiso tomarlo por lo trágico y aun ha hallado modo de mostrar más tarde su simpatía por nuestros países.

Salvo esta realidad, mis labores periodísticas fueron exclusivamente literarias.

Prescindo de las ya referidas en el cap. iv y que corresponden a años anteriores ("Fósforo" en *España* y en *El Imparcial*, notas recogidas en *Simpatías y diferencias*, final del tomo II de la 2a. edic.).¹ Importa señalar la aparición de *El Sol* el sábado, 1º de diciembre de 1917. Mis colaboraciones para la página de "Historia y Geografía" de este diario, que fue confiada a mis manos, comienzan, pues, el jueves 6 de diciembre de 1917, en que di cuenta del fragmentario poema medieval sobre Roncesvalles, recién descubierto por don Ramón Menéndez Pidal, y continuarán todos los

1 A título de curiosidad, he aquí el índice de las notas de cine que precedieron a la sección de "Fósforo", *Frente a la pantalla*, y que se deben a la pluma de Federico de Onís, bajo el seudónimo de "El Espectador", todas publicadas en el semanario *España*, año de 1915:

Nº 1, 29 de enero, pág. 6: "Asta Nelsen". "Un poco de atención".

Nº 2, 5 de febrero, pág. 6: "La substantividad del Cine". "El primer balbuceo". "Interpretación económica".

Nº 3, 12 de febrero, pág. 6: "Hace falta un genio". "El Cine y la Literatura".

Nº 4, 19 de febrero, pág. 5: "El Cine y la Pedagogía". "Dos modos de ver la vida".

jueves hasta la supresión de esta página y de todas las páginas especiales del periódico, a fines de 1919. Véase el cap. v, en cuanto a la composición del tomo *Entre libros*, donde recogí parte de estas colaboraciones. Otras andan en las diversas series de *Simpatías y diferencias*, sobre todo en las tres primeras; otras, en el volumen *Retratos reales e imaginarios* (que tanto ha sufrido para su futura reedición, por lo mucho que le he entresacado, desarrollándolo en ensayos mayores); otras más, como los tres artículos sobre el Sionismo, en el tomo de crónicas *Aquellos días*; y otras finalmente nunca han sido incorporadas en libro, como *Las mesas de plomo* (notas en torno a la historia del periodismo, que Andrés González Blanco ha citado en su obra sobre la materia) y la *Historia de un siglo* (el XIX), que fué concebida para explicar el arranque de la guerra de 1914 y se me ha quedado un poco inútil, dada la abundancia de trabajos excelentes que han venido apareciendo después. Es decir, que aún no acabo de recoger todas mis contribuciones a la página de Historia y Geografía de *El Sol*. Lo cual no es de extrañar, si se considera la liberalidad con que concebí mis asuntos: Cuanto acontece en el tiempo —me dije— es Historia, y cuanto acontece en el espacio, Geografía.

Ahora bien, como había que considerar en mi página algunos temas de geografía física —que desbordaban el campo de mis conocimientos, limitados a la geografía humana—, busqué un colaborador adecuado y lo remuneré por mi cuenta. Yo recordaba haber leído, desde mis días de México, en la *Revista de Archivos*, cierto sugestivo ensayo de Juan Dantín Cereceda sobre la población de España. (Si no me equivoco, es el origen o larva de su libro sobre *Las regiones naturales de España*, cuyo primer tomo data de 1922). Nadie, prácticamente, conocía aún al eminente geógrafo. Lo descubrí en el Instituto de Guadalajara, donde era catedrático; lo asocié a mi página, y creo que le procuré, al menos, la ocasión para que se le concediera su sitio. De entonces parte su renombre.

IV. Traducciones

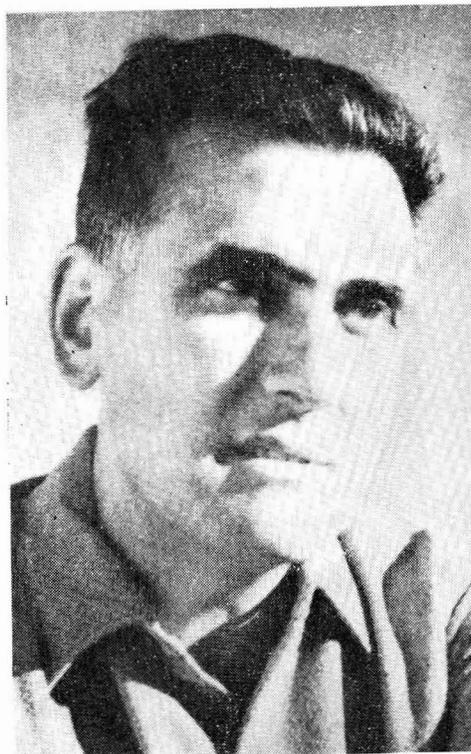
Me limito a las traducciones de libros, prescindiendo de páginas o poemas aislados. No puedo recordar si fue en este año o en el anterior cuando don Carlos Pereyra, que se había relacionado con el escritor



Jorge Guillén

húngaro Andrés Révész, colaboraba para las modestas empresas editoriales de éste con ciertas traducciones anónimas del francés y el inglés. A fin de ir más de prisa, solía partir en dos algún tomo de algún sociólogo o político ruso, y me confiaba la mitad de la obra.

a) Ya he mencionado dos traducciones de Chesterton: *Ortodoxia*, *El hombre que fue Jueves*. Otras vendrían después. La primera fué comenzada a fines de 1916 y se publicó al año siguiente; la segunda, planeada desde abril de



Amado Alonso (1896-1952)

1917, sólo se hizo años más tarde. A la aparición de *Ortodoxia*, redacté una breve noticia para *El Imparcial*, recogida en *Grata compañía* con otras páginas sobre Chesterton.

b) Traducción, en compañía de Blanco-Fombona, de la obra escrita en francés por el tratadista chileno don Alejandro Alvarez, *El Derecho Internacional del porvenir*, Madrid, Editorial-América, 1917.

V. Varia

a) Colaboraciones menores en *Cultura Hispanoamericana* y *Unión Panamericana*, de Madrid; en el *Bulletin de l'Amérique Latine*, de Martineche, París; en *Las Novedades*, de Nueva York, etc.

b) Un folleto explicativo de las reglas con que se redactaba y confeccionaba la bibliografía de la RFE, en colaboración con Antonio G. Solalinde; folleto destinado a transformar a los lectores de la revista en auxiliares de su sección bibliográfica: *Revista de Filología Española... Sección de Bibliografía*, 1917, 22 páginas. Las hijas y nietas de la revista —*Revista Hispánica Moderna* (Nueva York), *Revista de Filología Hispánica* (Buenos Aires), *Nueva Revista de Filología Hispánica* (México)— han venido depurando el sistema por aquellos días establecido. Por aquellos días también, y a mi lado, aprendió a redactar sus primeras fichas bibliográficas un muchacho navarro recién aparecido en Madrid: el que después sería autorizado maestro de la filología española, Amado Alonso, hoy imborrable recuerdo entre sus muchos amigos y admiradores. (Sobre la *Revista de Filología Hispánica* que fundó y publicaba en Buenos Aires Amado Alonso, di una nota en *El Nacional*, 12 de diciembre de 1939, recogida en *Norte y Sur*, págs. 233 y ss.). Cuando Amado Alonso se trasladó a la Universidad de Harvard y tuvo que abandonar aquella revista, fundé en El Colegio de México la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, que aún seguimos publicando aquí, y le ofrecí la dirección para que en ella continuara su obra: México, I, 1, julio-septiembre de 1947. Nuestra revista, de cuya dirección me hice cargo nominalmente a la muerte de Amado Alonso y a partir de enero de 1953, ha merecido crédito en el mundo de la erudición hispánica; en México, sólo hemos cosechado un juicio periodístico en que se la llamó "revista de cantinfladas". Otro joven principiante, entre los gratos recuerdos de entonces, Jorge Guillén. Lo adiviné poeta desde los primeros instantes y le dije: "No se seque en la filología. *Tu Marcellus eris.*"

VI. Poesía

Los poemas incluidos en *Huellas* que llevan fecha de 1917, págs. 53-60, 96, 183-186; y después, en la *Obra poética*, págs. 56-62, y 307 *passim*: el poema *Minuta*, que empezó a declararse poco a poco desde el año 1917.

Si mucho se apura —y ya se ha dicho— toda poesía es poesía de ocasión. Cuando los hechos que la impulsan son puramente espirituales, la onda subjetiva disimula eso que llamamos la ocasión. Pero en estas páginas pueden traslucirse ciertas circunstancias de mi vida por aquellos días: la iniciación de mi hijo en las primeras letras, los momentos de silencio y melancolía, la preocupación galante y amorosa, el recuerdo de mi tierra natal y sus amapolas y monacillos, la sátira de los desterrados de México que no entienden a España, mi vagabundear por las calles, procurando convencerme de que era yo relativamente feliz.

VII. Prosa literaria no erudita ni periodística

De propósito he dejado para el fin el libro de ensayos de 1917: *El Suicida*, que he reeditado en 1954 y que será objeto de otro capítulo especial.

Mi frecuentación con los eruditos españoles de aquel tiempo no dejaba de causarme sorpresas. Algunos habían llegado a una irritabilidad increíble, y se les oía decir cosas como ésta:

—¿Han visto ustedes? El canalla de Puyol (o de Bonilla, o de Cejador, o de Cotarelo) dice que Barahona de Soto nació en 1547.

¡Qué canalla! ¡Barahona de Soto nació en 1548!

Mi amistad con "Azorín" se iba afirmando con el tiempo. Me recibía en la salita de su casa, tan inexpresiva como su rostro. Nunca conocí su taller. Me dejaba hablar, contestaba con dos o tres vaguedades. De pronto, comenzaba a sonreír y decía:

—¿Y qué hay de libros?— y, con muequecilla maliciosa, sacaba del bolsillo una miniatura, una verdadera curiosidad, alguna pieza rara cobrada por ahí, en las ferias y en los puestos de lance, durante sus correrías de cazador bibliográfico. A veces, dejaba la joya en mis manos:

—Es para usted, Reyes. Lo adquirí pensando en usted.

(He evocado el ambiente de estas ferias de libros viejos en mi artículo "Un paseo entre libros", 2º vol. de *Simpatías y diferencias*, 2ª ed., págs. 194 y ss.).

En este año de 1917, Américo Castro, José Moreno Villa, Antonio G. Solalinde y yo creamos el Ventanillo de Toledo, sitio de reposo dominical descrito en *Las vísperas de España*, (págs. 69-75 y notas respectivas), también mencionado en "La Cucaña" (*Reloj de Sol*, 2ª ed. de *Simpatías y diferencias*, II, 213-215). El Ventanillo alcanzó fama internacional: todavía, a la muerte de Paul Hazard, Marcel Bataillon recordaba la visita de ambos al Ventanillo, la leyenda de San Baltasar, las pinturas murales de Moreno Villa (y más tarde, de Bagaría) . . . Ver *Le Figaro Littéraire*, París, 3 de abril de 1954.

Pero el Ventanillo no acaparaba todos nuestros ocios dominicales.

Aquí están nuestros paseos por el Escorial o el Guadarrama. ("Un recuerdo de año nuevo", *Simp. y dif.*, 2a. ed., II, 228-234: una noche en la "casita" del Dr. Madinaveitia, suegro de Américo. Ahora se me antoja comentar mi incidente de la zapatería con este verso de *La Gatomaquia*: "¡Oh cuántos males causa un zapatero!"). Otras veces íbamos a San Rafael, donde veraneaba don Ramón Menéndez Pidal. ("El reverso . . .", *Pasado inmediato*, págs. 96-98).

Si el Ventanillo mereció hasta cierto punto la fama, también hasta cierto punto —y, desde luego, para sus huéspedes— puede merecerla esa casa n.º 32 de la calle del General Pardiñas, donde hasta aquí viene sucediendo lo que dejo narrado. Allí vivimos Carlos Pereyra, José María Chacón y yo; allí llegué a vivir Solalinde con su madre doña Filomena, tan zamorana, tan elegante en su silueta esbelta y vestido negro; allí paró Pedro Henríquez Ureña en sus vacaciones de Madrid, verano de 1917, de que he tratado con detalle en mi reciente artículo "Encuentros con Pedro Henríquez Ureña" (*La Gaceta*, Fondo de Cultura Económica, I, 3, 15 de noviembre de 1954 y *Cuadernos*, París, enero-febrero de 1955); allí cedí a Pedro provisionalmente mi beca del Centro de Estudios Históricos para mientras estuviera en Madrid; allí recibimos ambos la visita de José Escofet, nuestro camarada del Atento de México, ya vecino de Barcelona y pronto director del diario *La Vanguardia*. Allí se me aparecían de cuando en cuando, algunos mexicanos que andaban de paso por Madrid y que todavía me recordaban.

E L L E N G U A J E D E N A D I E

(Viene de la pág. 6)

en realidad, el demonio en persona cambiaba el significado de sus palabras y aquello que doña Aquilina escuchaba era precisamente lo contrario de lo que Carmelo se había propuesto decir. "¿Si no, por que, aluego, esas risadas de doña Quilina cada vez que le hablo? — pensaba Carmelo —¿De onde ha de ser causa de risa que yo le pida esas tierritas que no las quedaría ni un perro, con perdón sea dicho, ni pa hacer sus necesidades?"

Doña Aquilina, no obstante sus sesenta años, era una mujer erguida, derecha llena de vivacidad en los ojos, siempre con un vestido de raso

negro y un dogal de terciopelo al cuello del que pendía una madallita de plata. Durante los veinte años que tenía de vivir en la hacienda sin salir para nada de ella —a afuera de las contadas ocasiones en que iba a la capital de la provincia para entrevistarse con el Gobernador—, doña Aquilina sólo recibió una única visita, al parecer de sus parientes, haría de esto cosa de dos meses.

Llegaron en una berlina polvorienta, todos vestidos de negro, dos caballeros y tres damas, la última de éstas una joven, compungidos y con el aire asustado, sin atreverse a mirar en su derredor hacia la gente de la hacienda que se había reu-

nido en el patio con curiosidad de ver cómo eran aquellas personas. De cualquier manera no permanecieron en la hacienda arriba de tres horas, a partir de haberse encerrado en la sala grande con doña Aquilina a tratar sus asuntos, después de que se les ofreció un refrigerio, a su llegada, que devoraron aprisa y silenciosos en el comedor, con la apariencia de quienes tratan de abordar lo más pronto posible un negocio apremiante.

Doña Aquilina —según se dijo más tarde, cuando se relató lo ocurrido en el comedor— no quiso probar bocado con sus parientes, sin oponer siquiera pretexto alguno